

¿REVOLUCION EN LAS LETRAS?

POR

FELIPE GARRIDO

Instituto Nacional de Bellas Artes, México

Paradójicamente antirreeleccionista en 1876, en contra de la intentona de Sebastián Lerdo de Tejada por conservar el poder, Porfirio Díaz logró después hacerse reelegir siete veces y gobernar durante treinta años. No completó el último de sus períodos presidenciales que habría sido de 1910 a 1916: la rebelión maderista estalló el 20 de noviembre de 1910 y desencadenó la nutrida sucesión de enfrentamientos, dentro y fuera de los campos de batalla, que conocemos como la Revolución Mexicana. Nadie lo pone en duda. Lo que no está tan claro es cuándo terminó la Revolución. Suele ponérsele fin el 21 de mayo de 1920, día en que Venustiano Carranza fue cazado en Tlaxcalantongo y en que, ciertamente, terminó la lucha frontal entre las dos facciones dominantes. Cabría considerar, sin embargo, como el final definitivo, otro asesinato: el del principal enemigo de Carranza, Alvaro Obregón, en el restaurante La Bombilla, de San Ángel, el 17 de julio de 1928, a manos de José de León Toral. Entre mayo de 1920 y julio de 1928, ocurren la rebelión delahuertista, la cristiada, más diversas asonadas y movimientos políticos que provocan, entre otros, los asesinatos de Manuel M. Diéguez, Pancho Villa, Francisco Murguía, Felipe Carrillo Puerto, García Vigil, Francisco R. Serrano —recuérdese *La sombra del caudillo*— y Amulfo R. Gómez. Hay un aliento de poesía trágica en el hecho de que tanto el levantamiento de Madero como la muerte de Obregón hayan sido motivados por el principio de la no reelección. Abre y cierra la Revolución, en un amplio movimiento circular, con un mismo postulado que no ha caído en el olvido.

Aunque a menudo se afirma que durante el tiempo de la lucha armada los escritores dieron la espalda a la realidad del momento, la experiencia de esos 18 años de guerra, así como de sus consecuencias, fue aprovechada en obras literarias continuamente, desde los días mismos de la revuelta, y ha continuado siendo explotada hasta los que ahora corren.

La narrativa de la Revolución no se inicia con *Los de abajo*, como a veces se dice. Aunque en los primeros treinta años del siglo las novelas más abundantes

fueron las que buscaban la esencia de lo nacional en la Colonia —las de Monterde, Valle Arizpe, Jiménez Rueda, Abreu Gómez, Estrada— o en episodios costumbristas teñidos de naturalismo —las de Gamboa, Delgado, Azuela, Frías—, el descontento con las condiciones sociales prevaletientes y con el gobierno de Díaz, así como los primeros episodios de la Revolución pueden encontrarse ya en algunas de las pocas novelas que alcanzaron a publicarse en los años de mayor violencia. Por ejemplo, en *El triunfo de Sancho Panza* (1911), de Heriberto Frías; *La camada* (1912), de Salvador Quevedo y Zubieta; *Mala yerba* (1909) y *Andrés Pérez, maderista* (1911), de Mariano Azuela; *La majestad caída* (1911), de Juan A. Mateos, y *Madero* (1914), de Ireneo Paz, todas anteriores a *Los de abajo*, de Azuela, la de mayor calidad entre las mencionadas, apreciada en 1915, “el año del hambre”, cuando el nivel de devastación del país llegó a su más triste extremo. Entre 1915 y 1928, siguieron apareciendo novelas con este tema, como *La fuga de la quimera* (1919), de Carlos González Peña; *Fuertes y débiles* (1919), de José López Portillo y Rojas; *Las moscas* (1918), *Los caciques* (1918) y *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), de Mariano Azuela. Hacia el final de estos años, la novela colonialista perdió popularidad y virtualmente desapareció del escenario. En cambio, surgieron nuevas tendencias de vanguardia, en cuanto a la técnica literaria las más revolucionarias del momento, en obras como *La Malhora* (1923), *El desquite* (1925) y *La luciérnaga* (1932) —que es al mismo tiempo una novela de la Revolución—, de Mariano Azuela; *La llama fría* (1925) y *Novela como nube* (1928), de Gilberto Owen; *El Café de Nadie* (1926), de Arquelas Vela; *Margarita de Niebla* (1927), *La educación sentimental* (1930) y *Primero de enero* (1934), de Jaime Torres Bodet; *Dama de corazones* (1928), de Xavier Villaurrutia, y *El joven* (1928), de Salvador Novo.

Después de 1928, hasta llegar a los años cuarenta, la Revolución se convirtió en el tema más tratado por los narradores. Una lista bastante incompleta de las obras más importantes no podría dejar de lado *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929) —el asesinato de Serrano y sus acompañantes fue el 3 de octubre de 1927—, de Martín Luis Guzmán; *La revancha* (1930), de Agustín Vera; *El señor diputado* (1930), de Diego Arenas Guzmán; *Héctor* (1930), de Jorge Gram; *Vámonos con Pancho Villa* (1931) y *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941), de Rafael F. Muñoz; *La asonada* (1931), de José Mancisidor; *Cartucho* (1931) y *Las manos de mamá* (1937), de Nellie Campobello; *Campamento* (1931), *Tierra* (1932) y *¡Mi general!* (1934), de Gregorio López y Fuentes; *La luciérnaga* (1932), *El camarada Pantoja* (1937), *San Gabriel de Vildivias* (1938), *Regina Landa* (1939) y *Avanzada* (1940), de Mariano Azuela; *Liberación* (1933) e *Idiota* (1935), de Roque Estrada; *Desbandada* (1934) y *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936), de José Rubén Romero; *La Virgen de los cristeros* (1934), de Fernando

Robles; *Los cristeros* (1937), de José Guadalupe de Anda; *El resplandor* (1937), que es también una novela indigenista (dos años antes el tema de los indios había sido inaugurado por Gregorio López y Fuentes con *El indio*), de Mauricio Magdaleno; *En la rosa de los vientos* (1941) y *Frontera junto al mar* (1953), de José Mancisidor; *Ciudad* (1942), de José María Benítez; *Tropa vieja* (1943), de Francisco L. Urquizo; *La negra Angustias* (1944), de Francisco Rojas González; *La escondida* (1947), de Miguel N. Lira ...

A mediados de los años treinta comenzaron a aparecer novelas que dan constancia de las nuevas preocupaciones de una nueva sociedad: tratan, entre otros temas, y sin que desaparezcan por completo los anteriores, por ejemplo, de las luchas proletarias, las condiciones de algunos grupos específicos de trabajadores —arrieros, ferrocarrileros, maestros, pescadores, chicheros—, la vida de los indios y de los más desposeídos habitantes de las ciudades, las posibilidades de lo fantástico, el abismo que cada hombre encierra. Algunas, ya lo dijimos, ensayan recursos narrativos realmente novedosos, al tiempo que Artemio de Valle-Arizpe alcanza la mitad de los años cincuenta fiel a sus procedimientos y a su interés en la vida de la Colonia. Para entonces, Agustín Yáñez y José Revueltas ya se habían consolidado como autores de primera importancia y habían señalado —junto con Azuela y los contemporáneos— rumbos nuevos a la novela; Luis Spota había iniciado su larga, popular y controvertida serie de obras; Carlos Fuentes había hecho sus primeras apariciones; Juan José Arreola y Juan Rulfo habían llevado la narrativa a dos de sus modos de más alta expresión. Rosario Castellanos, Emilio Carballido, Sergio Galindo, Sergio Fernández, Vicente Leñero iban sumándose a un grupo cada vez más nutrido y profesional de narradores.

La Revolución seguía presente. A menudo mezclada con otros temas, continuó y ha continuado apareciendo en obras de Azuela, Yáñez, Revueltas, Rulfo, Arreola, Fuentes, Garro, Mojarro, Poniatowska, Ibargüengoitia, por citar a algunos de los escritores contemporáneos más importantes. Seguramente en el futuro, narradores que aún no han nacido volverán a contar esta etapa capital de la historia de nuestro país.

La Revolución volverá a ser contada. El pretendido género de la novela de la Revolución es uno más de nuestros mitos revolucionarios. La Revolución es un tema, no un género. *Los de abajo* es una obra mucho más madura y memorable que *María Luisa*, la primera de las de Azuela, pero desde el punto de vista de la técnica, una y otra no ofrecen diferencias. Azuela escribe sus numerosas novelas de la Revolución de la misma manera que escribe las que no tienen que ver con ella. Rojas González es el mismo escritor en los cuentos de indios de *El diosero* (1952) que en *La negra Angustias* (1944), su novela de la Revolución. La fragmentación

de la novela —”de cuadros y de visiones episódicas” llama a esto Antonio Castro Leal—, que se cita como una característica de la narrativa de la Revolución es un recurso que los narradores comienzan a manejar en los años diez y veinte de nuestro siglo, escriban o no sobre la Revolución; alcanza toda clase de obras, aún, por excepción, alguna colonialista, como *Pero Galín* (1926), de Genaro Estrada. Por otra parte, algunas de las obras maestras de la literatura de la Revolución, como *La sombra del caudillo*, de Guzmán, o *El resplandor*, de Magdaleno, no emplean para nada esta manera de contar.

Por supuesto esto es aún más claro en las novelas y los cuentos más recientes, de Yáñez, Revueltas, Rulfo, Fuentes o Ibarguingoitia. Si las novelas de la Revolución escritas entre 1928 y principios de los años cuarenta tienen entre sí un aire de familia, no es tanto porque compartan su tema —aunque esto, por supuesto, al igual que el carácter autobiográfico de muchas de ellas, agudice las semejanzas—, sino porque corresponden a un mismo tiempo histórico; dicho aire de familia lo tienen también con muchas otras novelas de la época que no se ocupan de la Revolución. Hay obras en esta etapa que son claramente distintas, porque utilizan recursos narrativos diferentes, y éstas pueden igualmente tratar sobre la Revolución, como *La luciérnaga* (1932), de Azuela, o *El luto humano* (1943), de Revueltas, que sobre otros temas, como las de Owen, Novo, Villaurrutia, Vela o Torres Bodet.

Tampoco es cierto que sea una característica exclusiva de la narrativa de la Revolución su interés en la afirmación nacionalista. Contrariamente a lo que harían creer nuestras repetidas confesiones de culpa colectiva por la supuesta falta de una literatura propia, el sentido de afirmación nacionalista y la búsqueda —muchas veces encuentro— de un arte nacional han sido dos constantes de nuestra narrativa, desde *El Periquillo Sarniento* (1816), de José Joaquín Fernández de Lizardi. Payno, Inclán, Altamirano, Olavarría y Ferrari, Riva Palacio, De Cuéllar, Prieto, De Campo, Gutiérrez Nájera, Castera, Delgado, López Portillo y Rojas, Paz, Gamboa, Nervo, Frías, son algunos de quienes con mayor fortuna lo hicieron durante el siglo pasado. Al igual que quienes lo han logrado en el nuestro, buscaron una literatura propia en tres filones principales: la vida virreinal, la época prehispánica y las circunstancias políticas y sociales del momento que a cada quien le tocó vivir. Los narradores de la Revolución, lo supieran o no, estaban, enriqueciendo una añeja tradición. Que nosotros, a veces, lo ignoremos, es, simplemente, un problema de mala educación.

Hace tiempo quedó zanjada la cuestión, algún día tan virulentamente debatida, de si es posible ser nacional sin ocuparse sólo de los problemas sociales más inmediatos. El florecimiento y el reconocimiento simultáneos de Arcoleta y de Rulfo, tras lo que esperamos que haya sido una última escaramuza entre los

extranjerizantes y los *nacionalistas*, nos permite considerar ahora igualmente nacionales a los ateneístas y los contemporáneos que a los autores de novelas indigenistas, de protesta social o de la Revolución.

